

¡Dichosas ilusiones que han abierto las mazmorras, que han salvado á los infelices cautivos, que han enjugado mil y mil lágrimas, que han consolado á mil y mil familias, y que han proporcionado al mundo tantos dias de paz y de gloria! ¡Dichosas ilusiones! ¡Cuán diferentes sois de esas ilusiones filosóficas que han cubierto al mundo de lágrimas, de luto, de orfandad, de révolucion y de sangre!

¿Estais convencidos de lo grandioso de esta obra de la caridad, que principia por el apostolado y concluye por el martirio? Pues venid y adorad al Autor de todo bien, dándole gracias por los beneficios que nos ha dispensado, inspirándonos esa Religion divina que, no sólo nos hace mejores, sino felices; bendecid tambien á la piadosa María, que desde el alto trono de gloria en que reside se digna echar una mirada compasiva á sus hijos desterrados para aliviarlos en sus males presentes, y asegurarles los bienes venideros del cielo, que deseo á todos. Amen.

SERMON

DE

ACCION DE GRACIAS EN CUMPLIMIENTO DE UNA PROMESA

HECHA Á LA VÍRGEN.

*Hoc pro certo habet omnis qui te colit, quod
vita ejus si in probatione fuerit coronabitur,
si autem in tribulatione salvabitur.*

Mas esto tiene por cierto todo aquel que te
reverencia: que en la prueba será coronado y
en la tribulacion librado.

(TOBIÆ, cap. III, vers. 21.)

Sea loado tu nombre y bendecido, ¡oh Dios de mis padres! porque en los momentos de la tribulacion perdonas los pecados y extiendes tu mano de amor á los que te invocan. ¡Ah! El indomable vendaval me arrastró hasta la alta mar, y entre embravecidas olas me sumergiera horrenda tempestad; pisado habia el fondo del abismo sin hallar pié en su salobre seno; rodeado me ví por todas partes de peligros, y vanamente trabajé huyendo, vanamente alcé mi vista por todas partes buscando apoyo, pues nadie me salvó de la tribulacion sino tu brazo omnipotente. Adoren tu nombre los cielos y la tierra; entonen cánticos de júbilo los ángeles y el hombre, y la naturaleza entera dé saltos de alegría bendiciendo al Sumo Hacedor que me dejó abatir hasta el polvo para levantarme con su poder y poner en mis sienes la aureola de la gloria y el honor.

Hé aquí, señores, una plegaria sencilla, pero sublime, que al son de dorada arpa dirigió al Dios de sus mayores

el régio é inspirado bardo del pueblo de Dios; la misma que en la efusion del amor dirige tambien al cielo toda alma reconocida á los favores divinos; y no de los turbios manantiales de la árida razon, no de los elementos de la delirante filosofía humana pueden emanar tan suaves y tiernos acentos, sino de la sublime inspiracion del cielo, que da una elocuencia castiza á las lenguas balbucientes, y enciende en corazones de carne el fuego que abrasa y consuela á los espíritus.

Y esta misma plegaria dirijo yo al cielo, señores, desde luégo á nombre mio, porque hoy por primera vez subo á la cátedra sagrada despues que el Señor me visitó con mano piadosa, salvándome de la muerte, más por las oraciones de almas generosas que por mis méritos, y en seguida á nombre de almas piadosas y fervientes, de quienes he recibido el cargo de bendecir y loar públicamente el nombre del Señor por las misericordias y gracias que de su mano han recibido.

Sí; el genio del mal con su enlutado manto intentó franquear las puertas del hogar pacífico y honrado, para arrancar á hidalga cabeza el lauro de la honradez, y sumir en aguas de amargura corazones que se mecian, como el arbusto entre las frescas brisas, en las dulzuras de la paz y de la dicha. Pero en el mismo dintel se detuvo el infando genio; una mano divina le opuso alto valladar, para que no osase penetrar en la morada que guardaba el cielo; era la mano de María.

Y ¿cómo sucediera de otro modo? ¿Quién ha invocado este augusto nombre sin sentir los auxilios de su proteccion? ¿Quién se ha puesto bajo la tutela de María, y ha perecido? ¿Cómo la purísima María dejaria de socorrer al que, viendo manchado el terso cristal de su vida por negra sombra que arrojó ajena mano, la invocaba para que quedase salva su hidalguía, intacta su buena fé, y acrisolada su lealtad? Oyó, pues, María la oracion de sus

hijos, y hoy se postran éstos á sus sagradas plantas para ofrecerla un homenaje de gratitud.

Este ejemplo, amados míos, es digno de seguirse en sus causas y en sus resultados: cuando el cielo nos salva de los peligros, debemos reconocer la mano que nos saca de ellos. Quiero, por tanto, arraigar profundamente en vuestros corazones esta idea; y para conseguirlo, voy á demostraros que, *la gratitud á los beneficios de Dios es una necesidad inherente á la naturaleza humana.*

Augusta María, Madre de Dios, alegría del ángel, consuelo del hombre: dirige una mirada compasiva á tu indigno hijo, que va en este momento á predicar la gloria del Señor; no soy digno yo, por cierto, de alcanzar este favor; pero yo invoco tu nombre, á cuyos ecos se doblega la Omnipotencia divina, para que venga á mi alma la gracia del Espíritu Santo.

AVE MARÍA.

La razon humana, á pesar de su tortuosa marcha en el camino de la verdad, profesa un dogma, y es el de la gratitud. Apénas el espíritu humano empieza á desarrollarse cual aromática flor que eleva sus perfumes hácia el cielo, no puede ménos de comprender que allá en las doradas techumbres del firmamento existe un Sér supremo, inteligente, sabio y pródigo, que ordena las causas y los efectos, que rige los cielos y la tierra, y conserva en su primordial fuerza y vigor á las criaturas que salieron de sus manos vivificadoras. La sola razon natural conduce al hombre al conocimiento de esta verdad; verdad que debiera tener por inmediata consecuencia la adoracion del Sér divino, si viciado el hombre por el primer pecado, no hubiera perdido la gracia celestial que Dios le diera graciosamente. Sí; esta misma razon, cuando está tersa y limpia como las aguas cristalinas, dice al hombre que

no por las influencias del acaso pudieran formarse esos irradiosos orbes que, como diamantes de fuego, brillan en el alto firmamento, y cuyos ordenados movimientos, despues de seis mil años, no han discrepado ni en una sola línea, siguiendo la marcha que Dios les señaló á través de los flúidos espacios. En vista de esto, no sin razon el sabio y reflexivo David dijo estas palabras llenas de sabiduría celestial: *Los cielos enarran las glorias de Dios, y el firmamento anuncia sus obras.*

No para aquí la sondeadora inteligencia del hombre: despues de observar la hermosura de los cielos, la armonía de los elementos, la fecundidad de la tierra, los instintos de los animales y el admirable conjunto de los séres visibles de la creacion, refleja sobre sí mismo sus miradas, y advierte que él es un mundo aparte, donde con la mayor exactitud están delineadas todas las obras de Dios; la fecundidad de la materia animada, las sublimes ideas del espíritu que se aunan en un mismo compuesto, le hacen ver que él es el rey de la creacion, el llamado por la Providencia á ser superior por su razon á todo sér sensitivo, é igualarse por su espiritualidad á los mismos ángeles. Pero al mismo tiempo, allá en lo más abstruso y recóndito de su corazon, oye los latidos de una voz nunca acallada, ni por el furor de las pasiones, ni por el torrente bramador de los vicios. ¡Qué ecos tan terroríficos tiene esta voz cuando obramos mal! ¡Qué acentos tan suaves y satisfactorios resuenan en este santuario al obrar bien! Tememos en nuestras iniquidades; nos regocijamos en nuestra buena conducta; es decir, que vemos en lontananza el premio y el castigo, y reyes como somos de la creacion, confesamos que existe un Rey divino, Señor del mundo, árbitro de la naturaleza, á quien debemos nuestra existencia y nuestro bienestar, pues tememos sus juicios y nos consolamos en su amor. El dogma consecuente á este raciocinio es la gratitud.

Sí, señores, la gratitud; el sér racional no puede mirar con indiferencia el origen que tiene: Dios es su bienhechor, su padre, su amigo y su compañero; un soplo divino lo hizo salir de la nada, lo adornó y lo hermoseó, dándole un alma, trasunto de la Divinidad, y dominio sobre todo sér visible: hé aquí el bienhechor. Desde que el astro luminoso asoma por las colinas del Oriente á vigorizar la naturaleza como valiente general que sale de su tienda para animar al soldado, hasta que trasmonta por eminentes cumbres del ocaso; miéntras el negro manto de las tinieblas se extiende sobre la naturaleza, hasta que renazca la aurora; en todo tiempo y lugar, á toda hora y en cualquier circunstancia, el hombre tiene á su lado quien lo guie en los caminos, quien lo proteja en los males, quien le proporcione los bienes: hé aquí el Padre universal, el Dios amante del hombre.

No lo he dicho todo aún, señores: es Dios un amigo fidelísimo, en cuyo amoroso pecho podemos desahogar nuestros corazones atribulados, y sobre quien, con toda seguridad, debemos contar en nuestros infortunios; es un compañero que toma parte en nuestras penas, que nos prepara goces inefables, y que vela sin cesar á nuestro lado. ¡Ah! Voy á hablar con más propiedad: nosotros somos los que nos hallamos dentro de Él; Él nos rodea por todas partes, y no tenemos camino para salir del círculo amoroso con que nos asedia; nos estrecha con sus favores, nos estrecha con sus cariños, como dice el divino Pablo: *Caritas Dei urget nos.*

Así en su filosofía celestial raciocinaba el Profeta Rey. «¿A dónde iré yo, dice, que no encuentre á este Dios amoroso? ¿Dónde me esconderé de su presencia? Si subo con remontado vuelo hasta los cielos, allí encuentro á mi Dios como en magnífico alcázar; si me arrojó hasta el fondo del abismo, también me sale al encuentro; si al despuntar la aurora quiero atravesar el vasto piélago en sus más

remotos confines, áun allí me guía su mano y me protege su diestra Omnipotente. Dije entre mí mismo: «Huiré de »la luz, y me abismaré en el tenebroso caos,» y no bien lo he pensado, cuando el oscuro seno se ha vuelto fulgurante resplandor, pues la noche misma me desvela en mis placeres.» (Salmo cxxxviii, versículos 7, 8.) Sí; Dios lo ocupa todo con su inmensidad, y como si en el mundo todo no hubiese otro objeto que el hombre digno de sus cuidados, toda su providencia parece estar circunscrita á Él. «Bien pudiera suceder, dice este Dios por Isaías, que la madre se olvide del hijo de sus entrañas; pero yo no me olvidaré de tí, ¡oh hombre!: cuando atraveses rios caudalosos, agitados por indomable vendaval, yo estaré á tu lado, y franquearás las olas enfurecidas sin temor. «(Isaías, cap. XLIII, l.)

Ved, señores, dos lenguajes imperiosos: el de la razón y el de la fé. Cuando estos dos genios bienhechores ejercen sobre nuestro corazon una influencia directa, ¡ay! ¡qué ideas tan completas tenemos de la Providencia divina! ¡Qué sentimientos tan nobles y generosos abrigamos en nuestro pecho! Entónces nuestro entendimiento altivo se pliega bajo la palabra de Dios, como la débil caña se dobla á los impulsos del viento del desierto; la razón lo adora y el corazon lo ama, y de estos dos principios no pueden ménos de brotar, como de manantial fecundo, los gérmenes del amor y del agradecimiento. Un corazon apasionado hácia Dios, que mira como á un padre, un amigo, un bienhechor, no podrá ménos de decirle siempre con David: *Tú ¡oh Dios! me cogiste por la mano y me dirigiste segun tu voluntad, y me elevaste con gloria y honor.* ¡Ah! ¡Qué tengo yo en el cielo, ni qué hay en la tierra que pueda ser objeto de mi amor, fuera de tí? Mi alma y mi cuerpo desfallecen al pensar en tus favores, ¡oh Dios de mi corazon! mi patrimonio y herencia.

No se crea, señores, que al hacer esta corta reseña

de lo que la razón y la fé enseñan al hombre sobre la gratitud que debe al Criador, sea mi ánimo imponer á la humanidad una ley que ántes no tuviese; nada os hago presente que no existiera en los designios divinos cuando llamaba al mundo del caos y desenvolvía á la humanidad de entre los pañales de la nada; porque si ni el cedro secular alza su erguida copa, ni la parásita yedra se arrima al inveterado muro sino para alabar al Criador siguiendo las leyes que Él les demarcára; si ni el leon del desierto hace retemblar los cóncavos senos de los montes con sus rugidos, ni la humilde alondra alza su vuelo con melodioso trino en el ameno valle, ni el ruiseñor esquivo alegra los sauces de los rios con su armonía siempre nueva sino para bendecir á su Hacedor, ¡cuánto más criaria Dios al hombre para que en todas sus palabras y movimientos no tuviese otro fin que la gloria de Dios! ¿Podrán excusarse racionalmente los hombres de hacer con estos reflejos lo que practica el bruto por instinto y el arbusto por necesidad? «Pregunta, dice Job, al jumento, y él te instruirá ¡oh hombre! Habla á la tierra, y ella te responderá; dirige tu palabra á los peces del mar, y te hablarán en lenguaje secreto y misterioso.» Sí; la armonía de los elementos, los movimientos de los animales, la titilacion de las plantas, son ecos elocuentes que hablan al hombre y le enseñan; «voces, dice David, que se oyen entre el susurro de las aguas; voces que rebraman en el copudo cedro; voces que retumban en el gigantesco monte; voces que se oyen en los movimientos del ágil ciervo y del águila veloz.» *Omnes dicent gloriam.*

¡Ah! ¡Qué armonioso y sublime es este concierto universal que la naturaleza entona en honor del Criador! Cuando las suaves brisas, saliendo del mar, van recorriendo los arbustos y cerniéndose al través del verde ramaje, ¿quién no siente dar saltos de alegría á su corazon viendo el soberbio y magnífico espectáculo de las

avecillas que vuelan de pétalo en pétalo, ora en la espesura de las florestas, ora en la diafanidad de los valles, aquí interrumpiendo el silencio de la soledad, allí confundiendo con el murmullo del arroyo con sus melodiosos trinos? Cuando el austro envia sus aspiraciones abrasadas, y el leon ruge, y brama el tigre, y el vendaval aprieta, y el mar se agita, y las olas se entumescen, y la naturaleza tiembla, y los montes abren cráteres inmensos en sus colinas escarpadas, ¿qué hombre hay que observe este grandioso cuadro sin que se sobrecoja de un santo y filosófico estupor, al ver cómo el inflado mar se alza hasta las nubes para lamer las arenas en seguida, y cómo la tierra y los vientos se tranquilizan, como si una mano de inmenso poderío los abrumase con su peso, y como si una voz omnipotente los mandase tranquilizarse?

Pues bien, señores: el furor de los huracanes, la hinchazón de las olas del mar, el bramido del leopardo, los sacudimientos del globo, la suavidad de los céfiros, la sintonía de las aves y el movimiento todo de la naturaleza, no son más que notas del gran concierto de la naturaleza sensible é inanimada para alabar y bendecir al Criador. ¡Y qué! El hombre que conoce esta sublime armonía del mundo material, el hombre á quien la razón y la fé hablan con tan elocuentes voces, ¿no ha de tomar parte en este cántico de alabanzas que entonan á Dios las aguas, los fuegos, la tierra, los cielos, las aves, los cuadrúpedos y las mismas sierpes? ¿Habrà un hombre que al levantarse por la mañana del lecho del descanso no eleve al cielo sus ojos, ni bendiga la mano divina que lo ha criado y lo conserva?

¡Ah, señores! El dogma de la gratitud es el dogma, no sólo de la fé, sino el de la razón. Hay hoy dia sociedades y pueblos salvajes, á cuyo seno podeis penetrar: entrad en él, y vereis que la ingratitud entre ellos es un crimen;

en nuestra ilustrada sociedad, un hombre desagradecido es reputado por indigno de tratar con sus semejantes. Y ¡qué! ¿Sólo con Dios hemos de tener estas excepciones? Cuando Él es quien nos da la vida, la respiración y todas las cosas; cuando Él nos mira como á sus hijos y hermanos, ¿sólo á Él hemos de ser ingratos? ¡Ah! Nuestro crimen es muy horrible; el hombre ingrato al Criador lleva en su corazón el sello del anatema.

Demos, pues, sin cesar gracias al cielo, y démoselas por medio de María Santísima, pues cuando acudimos á su mediación, nada puede faltar á nuestros deseos. Tomemos ejemplo de esas almas cristianas que hoy alaban y bendicen este nombre protector, y, como ellas, seremos favorecidos de su amorosa liberalidad. Ella es verdad que permite que caigan sobre nosotros algunas tribulaciones; pero es para probar nuestra constancia y fidelidad. Tras de una amargura viene un consuelo; después de apurar las heces de la adversidad, sucede la calma, la paz asoma, y la dicha se consolida. Sí, el nombre augusto de María es la invulnerable égida que nos defiende de nuestros enemigos, el astro que al través del mundo lleno de azares y peligros nos muestra el camino, y el faro colocado sobre imperturbable cumbre para iluminar al que mire su indeficiente luz. ¡Nombre salvador, pues no hay memoria de que ninguno haya perecido si lo ha invocado! ¡Nombre tierno, cuyos solos ecos ahuyentan los demonios, atraen á los ángeles y derraman el suave bálsamo de la alegría en los corazones humanos!

Bendigámos, pues, al Señor por sus misericordias para con nosotros; alabémosle cada dia por sus obras, y dirijámosle sin cesar nuestras fervientes oraciones para que nos conceda la perseverancia en el bien, y por la mediación de su augusta Madre nos lleve al seno de una eternidad, donde entonemos el cántico de alabanzas cuya duración son los siglos de los siglos. Amen.